

Bill deMello

# Anthony deMello

El caminante feliz

*Editado por Clifford W. DeSilva*

DESCLÉE DE BROUWER

# ÍNDICE

Agradecimientos . . . . .	IX
Prólogo . . . . .	XV
Prefacio . . . . .	XVII
Introducción . . . . .	XXIII
Cronología de Tony . . . . .	XXXVII

## Primera parte

### El viaje hacia Sádhana

1. Trasfondo familiar y primeros años de vida . . . . .	3
2. El noviciado . . . . .	23
3. Estudiante de filosofía en España . . . . .	45
4. Magisterio . . . . .	55
5. Estudiante de teología . . . . .	71
6. La misión imposible y la conexión española . . . . .	83
7. Rector . . . . .	91
8. Sádhana. Nacimiento y (r)evolución . . . . .	109

## Segunda parte

### El cantor y su canción

9. Seguir avanzando. Él corta leña. Él saca agua del pozo. . .	145
10. Inspiración y controversia: «Muy bien, muy bien». . . . .	169
11. Las relaciones de Tony: «No cambies» . . . . .	189
12. Tony, el ser humano humilde: «La vida es milagrosa» . . .	203

Epílogo . . . . .	223
La última palabra . . . . .	233
Bibliografía . . . . .	235
Apéndices . . . . .	237
Índice analítico . . . . .	257

## PRÓLOGO

Conocí a Tony cuando hacía poco que ambos acabábamos de cumplir los veinte años. Éramos estudiantes de filosofía en un centro jesuita situado cerca de Barcelona (España). Pronto nos hicimos amigos y mantuvimos nuestra amistad hasta el fin. Por lo que conozco de Tony desde aquellos primeros días puedo garantizar que las páginas que siguen han conseguido retratar su persona, su carácter, su libertad, sus talentos y su espiritualidad con gran exactitud.

Contrariamente a lo que sucede a menudo, especialmente cuando hay una relación de consanguinidad, parece que Bill deMello ha conseguido combinar armónicamente el amor con la objetividad. El resultado es un libro que tiene menos de panegírico que de retrato fiel. Ciertamente, si el personaje sobre el que se escribe está más allá del común de los mortales, no es una invención del autor del libro, que narra sin más lo que es verdaderamente extraordinario. El Tony a quien conocí y a quien el lector encontrará en estas páginas fue ciertamente excepcional, normal por encima de lo que es normal, jovial hasta el extremo y con un alto grado de inteligencia que se mostraba más en sus habilidades intuitivas que en su pensamiento discursivo.

En efecto, Tony fue un teólogo, pero solo en el sentido de que estaba familiarizado con Dios. Se expresó a través de relatos sencillos sobre las intuiciones espirituales con las que era iluminado. Pudo parecer un cristiano «límite», pero de hecho era un hombre que nunca cruzó la línea trazada por Jesús, en el supuesto de que el buen Señor trazara tal línea. Tony se encontraba en las encrucijadas y en las fronteras de la fe y tuvo una visión única de la realidad que muchos cuestionaron porque no la compartían. Su espiritualidad no estuvo

limitada por los credos, pero al mismo tiempo encontró mucha inspiración y expresión dentro de la Iglesia católica.

Muchos de nosotros tenemos contraída una profunda deuda de gratitud con Tony, mucho más allá de lo que se puede expresar con palabras. Muchos que iban caminando, ahora vuelan y a muchos de los que se limitaban a obedecer y cumplir las normas, Tony les demostró que hay algo más alto que la simple obediencia, a saber, la plenitud que uno encuentra aceptando libremente el plan amoroso de Dios para cada uno de nosotros. Por último, siguiendo el ejemplo personal de Tony, muchos han descubierto la alegría de trabajar infatigablemente y con entusiasmo hasta el fin.

*Joseph M. Feliu, SJ*  
*Mumbai, India*

## PREFACIO

El 31 de mayo de 1987, Tony y yo nos encontramos en la Universidad de Fordham y cenamos juntos. Después, por la noche, me despedí de él para no volver a verlo con vida.

Tony me enviaba siempre como obsequio un ejemplar de cada uno de sus libros, vídeos y grabaciones de audio. A mí me encantaba recibirlos, pero ni por un momento pensé en leerlos o escucharlos. Sencillamente daba por supuesto que tratarían solo sobre religión y espiritualidad, y yo no tenía interés en ninguna de ellas.

Varios años después de la muerte de Tony, cuando internet era ya más fácilmente accesible, me complacía mucho buscar información sobre temas de interés y encontrar respuestas instantáneas para mis preguntas. Un día, movido por la curiosidad, escribí el nombre de Tony en un buscador y, para mi sorpresa, vi más de una docena de webs dedicadas a mi difunto hermano. Una cosa llevó a otra y me encontré suscrito a uno de esos sitios. Después de unas semanas, me presenté al proveedor del sitio como hermano de Tony. Luego, él me persuadió para que escribiera una biografía, de modo que la vida y la muerte de Tony pudieran ser conocidas no solo por los miembros del sitio, sino también por otros.

Así, en el año 2000, con la ayuda de Daphne y Dominic Gonzalez escribí y subí a internet una breve biografía de Tony<sup>1</sup>.

La respuesta a esta biografía ha sido fenomenal. He recibido y sigo recibiendo mensajes de correo electrónico de personas de todas las religiones, de agnósticos y de ateos de todas las partes del mundo. Me

---

1. Bill deMello: <http://users.tpg.com.au/adsligol/tony/tony1.html>.

dan las gracias por la biografía, me cuentan cómo Tony cambió sus vidas y piden más información sobre este hombre excepcional. Sin embargo, hasta ahora he estado pendiente de otras cosas, continuando con mi vida y pensando que, aparte de lo que había escrito en la breve biografía, no había mucho más que contar.

Entonces, a principios de 2010, una de mis corresponsales me escribió y me dijo que vivía en la misma ciudad que yo y que estaba preparando un breve documental sobre la vida de Tony. Y me preguntó si yo estaría dispuesto a encontrarme con ella y a responder a las preguntas de una entrevista para su proyecto. Me encontré con aquella joven mujer y me sentí conmovido por la sencilla felicidad que transmitía. Cuando le comenté este detalle, me dijo: «Esto sucedió después de oír la conferencia de tu hermano titulada *Awareness [Despertar: peligros y oportunidades de la realidad]*. Después de escucharla, mi vida cambió».

Le dije que unos años antes, cuando yo mismo me encontraba atravesando un periodo particularmente difícil de mi vida, había leído y devorado ese libro varias veces, pero solo me había dejado más confuso. Ella me dijo: «Por favor, Bill, sigue leyendo los libros de Tony, pero “escucha” también las grabaciones; son completamente distintas».

Desde mi último encuentro con Tony, nunca había reunido el valor necesario para escuchar su voz en las grabaciones de audio. La mera idea de «ver» alguna de sus producciones de vídeo me producía escalofríos. Como he dicho, la correspondencia mantenida como respuesta a la breve biografía indicaba claramente que las obras de Tony estaban inspirando y cambiando para mejor las vidas de muchas personas. No he recibido ni un solo mensaje negativo a lo largo de todos estos años. Y, sin embargo, ahí estaba yo, que poseía un tesoro y había decidido enterrarlo en vez de beneficiarme de él. No es extraño, por tanto, que mientras él había cambiado y mejorado las vidas de tantas personas, mi vida había seguido igual... ¡durante muchos años!

Unos meses después de encontrarme con esta joven, llegaron a mis manos dos casetes conocidos solo por un reducido grupo de amigos íntimos de Tony. Yo ni siquiera sabía que existían hasta que me los presentó mi hermana Grace, que poseía varias copias. Yo había habla-

do con ella en una ocasión sobre la posibilidad de escribir otra biografía –ampliada– de Tony y ella pensaba que las grabaciones podrían ser útiles para mi investigación. Cuando las escuché, me llevé una agradable sorpresa.

Una de ellas es un conjunto de meditaciones muy similares a su conferencia *Despertar*, grabada probablemente por un participante en Lonaula. La otra es una grabación de la misa que celebró con ocasión de su quincuagésimo cumpleaños. En este casete habla Tony en un tono muy emotivo, rodeado por sus amigos íntimos, que le colmaron de amor y cariño. Me sentí muy conmovido cuando escuché esa grabación. Ella revelaba muchos de sus pensamientos interiores, totalmente desconocidos para mí. Transcribo a continuación una parte de esta grabación:

Estoy hablando en voz alta y cantando mucho, pero me resulta muy difícil no llorar. (*Aquí se detiene durante cuarenta y cinco segundos, evidentemente haciendo esfuerzos para no llorar, y después continúa*). Empezó esta mañana, cuando fui al comedor y vi con qué buen gusto lo habíais dispuesto todo y cuántas molestias os habíais tomado. Entonces, cuando comenzasteis a cantar «Cumpleaños feliz», de nuevo tuve que hacer esfuerzos para no llorar. Estaba a punto de romper a llorar, pero me controlé –contra todo lo que os enseñé en Sádhana sobre el control–. Porque cuando os miraba, estaba pensando también en muchas personas que hoy se acordarían en mí, rezarían por mí y me amarían. Me había preguntado: ¿qué diré en misa? Pensé que podría preparar un bello sermón, pero... no había nada que decir. Estoy tan conmovido y tan agradecido a Dios, a todos vosotros... Me siento como un hijo mimado por Dios. Dios, que me ha dado tantas bendiciones, tantos dones, tantas gracias, tanta felicidad, tanto amor, tantas intuiciones... apenas podía creerlo. Era demasiado para asimilarlo, tan inmerecido, tan totalmente inmerecido. Supongo que esto es la gracia.

Entonces, cuando encendisteis esas velas, esas cinco velas, pensé: cada una de esas velas representa una década de mi vida. La primera, hasta los 10 años de edad; después, de los 11



a los 20; de los 21 a los 30; de los 31 a los 40; y de los 41 a los 50, y todas esas escenas pasaron por mi mente como un relámpago. Qué diferente soy hoy, qué diferente era en esos periodos. Es algo parecido a un profundo diario en un breve espacio de tiempo: cuánto he cambiado, cuánto he crecido.

El otro día os hablé de aquella carta que recibí, escrita hace diez años, y ahora, al ver la carta, me pregunto: «¿Soy yo realmente?». Muy distinto, pero en todo momento, siempre, amparado por Dios, protegido y amado por él. Y guiado por él. Y entonces pensé: las dos cosas más grandes que Dios me ha dado, con mucho el regalo mayor, el don más precioso de todos ha sido la gracia de *crear personas*; fijar mi mirada en ellas y entrar en su interior, ayudarlas, amarlas y observar cómo volvían a vivir y ver cómo se liberaban y crecían. Ningún ser humano puede pedir una gracia mayor que esta. Yo no puedo concebir nada más grande que esto; y, después de todo, tampoco yo soy capaz de comprenderlo con demasiada claridad; sí, está ahí, es cierto, dejémoslo estar. Pero en estos últimos días he reflexionado sobre ello y me he preguntado si puede conceder Dios a un ser humano un don mayor que este, de modo que él pueda usarlo para dar vida y poder y libertad y gracia a las vidas de otros. Así, se me ha concedido el mayor de todos los dones posibles. Y Dios me lo dio tan espléndida, gratuita, inmerecida y naturalmente, que le estoy agradecido por ello.

El segundo don mayor es que he estado rodeado de amor, de un amor muy hermoso, poco exigente, incondicional, leal, siempre ahí; un amor que me ha creado, que me ha cambiado, que me ha convertido en un príncipe; un amor simbolizado por todos los que estáis presentes aquí en esta mañana. ¿Qué más puede pedir un hombre? La gracia de Dios que llega a él en el amor, Dios mismo que llega en ese amor, porque Dios es amor. ¿Qué más puede desear un hombre?

Después de escuchar estas dos grabaciones, reuní el valor necesario no solo para *escuchar* la conferencia *Despertar*, sino también para desempolvar dos de sus vídeos y *ver* a mi hermano en acción, deleitan-

do e iluminando a su embelesada audiencia. Empecé a escuchar atentamente a Tony pronunciando su conferencia *Despertar*. Su voz, a veces tranquilizadora, a veces alta, a veces riéndose animadamente y transmitiendo su mensaje sobre el despertar a mí mismo; y de pronto ¡caí en la cuenta!

En la conferencia *Despertar* afirma Tony: «Cuando el Sabio señala la luna, el idiota se queda mirando el dedo». Antes de «escucharlo», yo era el idiota. Tenía tanta prisa por leer el libro y «llegar hasta el final», que había pasado por alto lo realmente importante. No todos tienen la sensibilidad suficiente para extraer sabiduría de la mera lectura de un libro espiritual. Ahora que tengo la voz de mi hermano como guía, puedo volver a sus libros y entender mejor el mensaje del que se han beneficiado muchos miles de personas.

Fue entonces cuando empecé a escribir a algunos de mis corresponsales y a decirles que podía sentir un cambio en mi vida y que, a la vez, estaba comenzando a comprender lo que querían decir cuando me habían escrito y me habían contado: «Tu hermano cambió mi vida». Muchos de ellos sugirieron que ampliara la primera biografía y la convirtiera en un detallado libro cronológico sobre la vida de Tony y que compartiera con el mundo cómo él había *creado* personas y había cambiado sus vidas.

Así, decidí escribir esta biografía ampliada con el fin de compartir toda la información que pudiera reunir a partir de mis recuerdos y de los de aquellas personas que habían conocido a Tony y se habían relacionado personalmente con él. Cuando comuniqué mi decisión a algunos de los amigos de Tony y a algunos de mis corresponsales, alguien que conocía bien a Tony me respondió:

Bill, es maravilloso oír que estás escribiendo una biografía ampliada. Lo que siempre me asombró de Tony es que era muy humano. Que un hombre tan humilde y sencillo pudiera ser tan brillante y tener un conocimiento tan profundo de la naturaleza humana y una comprensión tan honda de la espiritualidad en medio de toda su humanidad es lo que hizo que fuera tan querido por tantas personas. Por favor, apresúrate a escribir esa biografía; necesitamos conocer la verdad.

En las páginas que siguen encontraréis, en efecto, la verdad y un relato preciso de la vida de mi hermano.

Cuando empecé a escribir este libro no imaginé, ni en mis mejores sueños, las cosas que iba a descubrir sobre mi propio hermano. Después de que él entrara en la Compañía, pocas veces tuvimos la oportunidad de encontrarnos y analizar las cosas detalladamente. Mientras escribía este libro, sin embargo, un magnífico grupo de personas se han ofrecido voluntariamente y han compartido sus pensamientos más íntimos y las experiencias que tuvieron con Tony. A través de ellas he re-descubierto a un hermano que se fue de casa cuando yo era un niño y a quien pensé que había perdido para siempre en aquella fatídica noche de 1987.

Este libro es un homenaje, no solo mío sino de otras muchas personas, a un hermano a quien amo y admiro, y a quien finalmente pude entender, gracias a muchos que encontraron su mensaje de paz, felicidad, amor y libertad y lo compartieron conmigo. Quiero compartir sus experiencias y mi reciente descubrimiento, de modo que muchas más personas puedan alcanzar la libertad y la felicidad.

## INTRODUCCIÓN

Hasta no hace mucho tiempo, cada vez que revisaba este texto, me traía recuerdos dolorosos del último encuentro que tuve con mi hermano. Había escuchado varias veces la conferencia *Despertar* de Tony en el reproductor DVD de mi coche. Debido a todas las distracciones, de alguna manera pasé por alto cosas a las que debería haber prestado atención. Un buen día di un largo paseo junto al mar, muy cerca del lugar donde vivo. Era muy temprano y no había casi nadie. Me senté a solas en un banco, me puse los auriculares de mi reproductor MP3 y empecé a «escuchar» realmente a Tony. Oía vagamente las olas que rompían en la orilla y el chillido de una o dos gaviotas a lo lejos. Pero por lo demás la atmósfera era pacífica y pude centrarme en lo que estaba escuchando. De pronto caí en la cuenta de que allí había un mensaje claro para mí. Tony me decía que no me aferrara a recuerdos del pasado; que, aun pudiendo apreciarlos tanto como me apeteciera, ha de llegar un momento en que debo empezar a vivir en el presente.

Aquel día hice un descubrimiento. Ahora entiendo lo que Tony quiere decir cuando pregunta: «Si me amas, ¿no vas a dejarme libre? ¿No me dejarás partir?».

He mantenido correspondencia con algunos de los amigos más íntimos de Tony que han compartido conmigo sus sentimientos y, en algunos casos, cartas que Tony les escribió. Una de esas cartas tiene un interés particular porque fue escrita y enviada desde Nueva York el día anterior a su muerte, a una buena amiga, una religiosa que recibió la carta después de tener noticia de la muerte de Tony. Me llenó de alegría leer lo que esta hermana me envió:

Querido Bill:

Soy feliz compartiendo contigo los recuerdos que tengo de tu hermano. Antes de seguir adelante me gustaría decirte que el día antes de que él muriera en Nueva York, me escribió una carta muy conmovedora. Una parte de esa carta hablaba de ti y por ello transcribo aquí sus palabras para ti. Tony escribió: «Estoy esperando con impaciencia la llegada de Bill. He de atender algunos asuntos y después quiero pasar la mayor cantidad de tiempo posible en su compañía, hablando, contando chistes, riendo y saboreando algunos viejos recuerdos». Él esperaba impacientemente este encuentro contigo. Me pregunto si él tenía la más remota idea de que aquella iba a ser la última vez que ibais a encontraros aquí en la tierra.

Tony y yo nos encontramos la noche anterior a su muerte, pero las risas quedaron limitadas por razones que conoceréis más adelante. Supongo que, dado el reducido tiempo disponible, hablamos lo mejor que pudimos. Nos reímos un poco, pero no hubo chistes y durante mi visita resultó pronto evidente que Tony no estaba de humor para escuchar o contar chistes. El tiempo pasó volando y, antes de darme cuenta, me despedí de Tony aquella noche, el 31 de mayo de 1987, para no volver a verlo con vida. Yo no tenía ni la menor idea de que él podría fallecer repentinamente. Tuvieron que pasar varios años antes de que yo aceptara la realidad y asimilara que Tony nos había sido arrebatado demasiado pronto. Recuerdo otro encuentro que había tenido con Tony quince meses antes. A diferencia de nuestro último encuentro casual, el anterior había sido planeado.

Coincidió con Tony a principios de 1986 en circunstancias bastante tristes. Papá había fallecido en enero de aquel año y me pidieron que viajara a Mumbai para firmar personalmente varios documentos relativos a su patrimonio. Tony me esperaba para una visita que iba a durar un día en la Casa de campo de San Estanislao, en Lonaula. Nos sentamos fuera sobre viejas tumbonas, dentro de los jardines de la vieja casa de vacaciones desvencijada que los jesuitas usaban ocasional-

mente. Por entonces aún servía como base de los famosos «cursos de Sádhana» de Tony, que esperaba la construcción de un edificio más adecuado para las necesidades de Sádhana.

Lonaula es un hermoso lugar de montaña abrigado por las colinas de los Ghats Occidentales –a dos horas y media de Mumbai en tren–. Una vez llegado a Lonaula, dejas el ajetreo y el caos de la ciudad y entras en una tranquila serenidad. Por todas partes hay árboles altos y hermosos llenos de aves. San Estanislao no está lejos de la estación de ferrocarril de Lonaula.

En este pacífico ambiente, Tony y yo nos acomodamos y compartimos nuestros recuerdos de papá. Tony me contó cómo, unos meses antes de la muerte de nuestro padre, fue necesario llevarlo a una residencia para personas mayores porque resultaba cada vez más difícil cuidar de él en su propia casa. Tony había experimentado personalmente la actitud descuidada de papá, que caminaba por la calzada en vez de ir por la acera, y había comprendido que necesitaba cuidados continuos. Así, Tony habló con las monjas que dirigían la residencia de ancianos Nirmala, en Nashik, a unos 160 kilómetros al noreste de Mumbai, e hizo las gestiones para ingresar a papá allí.

Al principio, papá se mostró bastante preocupado por esos planes, pero se adaptó pronto cuando comprendió que estaba rodeado por otras personas mayores que se encontraban en situaciones similares. Todas las religiosas de la casa conocían y querían a Tony y cuidaron de papá como si fuera su propio padre; de hecho, le llamaban «Papá», como hacíamos nosotros. Papá contó a alguien (quien después me contó a mí) que era tratado a cuerpo de rey y que se sentía muy feliz allí. Naturalmente, eran las religiosas quienes lo trataban a cuerpo de rey. Habida cuenta de la estima que sentían hacia Tony, papá era para ellas casi como «Dios Padre». Lamentablemente, él no pudo disfrutar de estos cuidados durante mucho tiempo. Pocos días después de ingresar en la residencia, murió en paz. Una de las religiosas, que era muy amiga de Tony, estaba con papá cuando falleció; era consolador saber que había muerto en medio de su familia adoptiva.

Tony y yo seguimos hablando, haciendo alguna pausa ocasionalmente para escuchar la llamada de un *bulbul*<sup>1</sup> o de algún otro pájaro y, en intervalos regulares, el canto de un gallo desde una aldea cercana. Es uno de esos sonidos nostálgicos que llevo conmigo hasta hoy. Después de comer, Tony y yo continuamos nuestra conversación y, más tarde, caminamos por una senda marcada en el bosque hasta el hermoso lago que él tanto quería. Recuerdo que era el mes de abril. Las lluvias monzónicas no habían llegado aún y el lago no había alcanzado el nivel que tendría unos meses después de los monzones. El sol se estaba poniendo en el horizonte y proyectando su brillo reluciente sobre la superficie del lago. Yo tomé varias fotografías de este hermoso y natural tapiz. Cuando me di la vuelta para mirar a Tony, caí en la cuenta de que tenía la mirada serena y fija en la distancia, como si estuviera en trance. Durante un rato estuvimos en silencio y en paz, asimilando todo lo posible de esa maravilla natural antes de que el sol se ocultara finalmente detrás de las colinas. En medio de la oscuridad, mientras el croar de las ranas señalaba el anochecer, regresamos a la casa de campo.

En el camino de vuelta le hablé a Tony sobre mi progreso en el trabajo y le describí los cambios que estábamos planeando para nuestra nueva casa. Le animé a visitarnos de nuevo y le aseguré que cuando lo hiciera no reconocería el viejo lugar donde había estado anteriormente. Compartí con él un problema concreto que tenía con uno de mis hijos porque no sabía cómo tratar con él en aquel momento. Él estaba pasando por esa fase de rebeldía tan común en los jóvenes y yo estaba viviendo la consiguiente fase de impotencia por la que todos los padres pasamos en periodos como ese.

Seguro que el pobre Tony tenía mil cosas en su cabeza. Sin embargo, me escuchó pacientemente y me dijo con mucha ternura: «Bill, no te preocupes por él, él estará bien. Es un buen muchacho y será capaz de arreglar las cosas por sí mismo. No lo presiones demasiado. Dale tu apoyo y tus ánimos, ahora que es aún joven y vulnerable». Contuve mi lengua, pero aquella respuesta no me satisfizo porque lo yo quería era que me diera una solución inmediata acerca del modo en que debía abordar el problema. No se me ocurrió pensar entonces que

---

1. Un pájaro cantor indio.

Tony se abstuvo de recordarme un incidente que había tenido lugar muchos años antes: un encuentro en el que estuvimos implicados Tony, mis padres y yo. En aquel momento el rebelde era yo. Después de todos estos años, puedo ver lo que Tony quiso decirme, y tenía razón. Mi hijo ha encontrado su camino, tiene ahora una familia y, probablemente, una pareja de «rebeldes» a los que enfrentarse.

Tony me habló de su trabajo y de que estaba impartiendo su conferencia *Despertar* no solo a sacerdotes, sino también a laicos. Tony tenía programada otra conferencia en Estados Unidos unos meses después de nuestro encuentro. En aquel momento, yo no sabía lo que su trabajo implicaba, excepto que era un jesuita muy conocido y que cuando nos visitó en Australia había dado Ejercicios a la comunidad jesuítica australiana. Aparte de esto, yo no sabía cuál era el contenido de los Ejercicios o de su programa. Tony y yo dimos un rodeo para visitar el lugar del nuevo edificio que debía estar concluido muy pronto y me preguntó si me resultaría posible visitarlo de nuevo junto con mi familia a finales del año siguiente. Me aseguró que, además de ofrecernos un alojamiento mejor y más espacioso, también podría dedicarnos mucho más tiempo, porque había previsto descansar durante las vacaciones de Navidad y no tendría que responder a ningún compromiso de trabajo.

La perspectiva de estar con mi hermano, que iba a disponer de mucho tiempo para mi familia, era muy buena y yo no podía resistirme. Le dije que en cuanto regresara a Australia empezaría a hacer planes para la visita.

En la ocasión que nos ocupa ahora, le visitaba yo solo y me sentía particularmente decepcionado al ver que el día había pasado volando sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Tony y yo habíamos disfrutado a fondo ese día, «en el frescor del momento presente», como él solía decir, y antes de darme cuenta, había llegado el momento de despedirnos.

Decidimos caminar hasta la estación de ferrocarril con el fin de seguir disfrutando de nuestra mutua compañía. Como siempre, resultaba duro decir adiós a mi hermano, a quien veía con poca frecuencia, pero en aquella ocasión tenía la esperanza de volver a encontrarlo de nuevo en diciembre de 1987 y todo prometía que sería también un encuentro agradable y memorable. En aquel momento yo no



podía sospechar que vería a Tony antes de lo previsto y que ese sería nuestro último encuentro.

A principios de 1987 recibí una carta de Tony en la que me decía que iba a viajar a Nueva York para pronunciar otra conferencia en el mes de junio. En marzo de 1987, mi empleador en Australia me informó de que la dirección quería que yo asistiera a una conferencia en los Estados Unidos. Imaginaos la alegría que sentí al descubrir que mis compromisos en Estados Unidos tendrían lugar con mucha probabilidad a finales de mayo de ese año... ¡En Nueva York!

Era imposible contactar con Tony en Lonaula por teléfono y, dado que yo tenía que planificar mi viaje para estar en Nueva York en las mismas fechas que Tony, llamé al P. Frank Stroud, SJ, en Nueva York, que era el responsable de organizar la conferencia de Tony. Frank me dijo que la llegada de mi hermano estaba confirmada para la noche del 30 de mayo y que iba a tener una agenda muy apretada desde ese momento. No obstante, me aseguró que no debía pronunciar la conferencia antes del 2 de junio y que, por tanto, quedaba tiempo suficiente para un encuentro. Frank me confirmó que iba a facilitar este encuentro y que esperaba que yo lo llamara después de llegar a Nueva York. Me resultaba difícil contener mi entusiasmo. Desde que Tony salió de casa para ingresar en la Compañía en 1947, nuestros encuentros habían sido breves y escasos. Cualquier ocasión adicional para ver a Tony, por breve que fuera, era para mí una gran fuente de placer y entusiasmo, y el extracto de la carta que he citado anteriormente confirma que mi hermano compartía sentimientos parecidos hacia mí.

Llegué una semana antes que Tony y establecí contacto con Frank, que me invitó a cenar. Tuve que posponer un par de días el encuentro inicialmente previsto con Frank por causa de una dolorosa enfermedad gástrica, debida probablemente a la sospechosa comida servida en el avión. Mis compañeros de trabajo me sugirieron una buena dosis de Pepto-Bismol, que alivió el problema uno o dos días después.

Yo había conocido antes a Frank, en uno de mis viajes a la India, cuando él estaba haciendo un maxi-Sádhana con Tony en Lonaula. Recordaba que era una persona genial, amigable, extrovertida, de conversación agradable, y noté que no había cambiado. Durante la cena, la conversación giró con toda naturalidad en torno a Tony, y

Frank disfrutó contándome que en esta ocasión la conferencia *Despertar* de mi hermano no estaría limitada solo a un lugar con capacidad para doscientas o trescientas personas; por el contrario, se iba a retransmitir vía satélite a más de seiscientas universidades de los Estados Unidos e iba a llegar a miles de personas.

Él se sentía optimista y estaba entusiasmado. Y yo también, no principalmente por la conferencia sino debido a que iba a encontrarme con Tony dos días después. Frank expresó alguna preocupación por el bienestar de Tony, que debía pronunciar una conferencia tan exigente inmediatamente después de su largo viaje desde Mumbai. Pero él me aseguró que Tony estaba en buena forma física y que había pasado una revisión médica completa realizada por un eminente médico a principios de ese mismo año. Frank me dijo que ese médico no era otro que el cardiólogo del ex presidente Jimmy Carter. Frank conocía personalmente al cardiólogo y me dijo que Tony estaba perfectamente, y preparado para la acción.

Me habría gustado haber estado con Frank para saludar a Tony en el momento de su llegada, pero el desplazamiento de ida y vuelta de Manhattan al aeropuerto JFK habría sido un problema. Así las cosas, Frank me sugirió que llamara a la Universidad de Fordham al anoecer del día de la llegada de Tony. Él dio por hecho que Tony tendría los síntomas del desfase horario y que necesitaría casi con toda seguridad recuperar el sueño atrasado. Frank me informó de que él llegaría a Fordham muy tarde aquella noche. Después bromeó diciendo que, en este caso, yo tendría a Tony para mí toda la tarde.

En la mañana del 31 de mayo realicé mi trabajo como de costumbre y no dejé de mirar el reloj, cuyas manecillas parecían moverse a paso de tortuga. A las tres de la tarde ya no pude esperar más y me aventuré a llamar a Fordham a fin de comprobar si Tony estaba preparado para verme. Cuando respondió al teléfono, me dijo: «Bill, ¿dónde te has metido? He estado esperando tu llamada todo el día». Le hablé de las instrucciones que había recibido de Frank y los dos nos reímos, pues estábamos de acuerdo en que Frank era como una madre demasiado protectora. Entonces le dije a Tony que si había descansado lo suficiente, yo iría directamente y me dijo, por supuesto, que no podía esperar.

Eran ya más de las 5 de la tarde cuando llegué a Fordham. Tony y yo pasamos unos minutos hablando e intercambiando información sobre personas conocidas por los dos y él sugirió que cenáramos en la cafetería. Era pronto para cenar, pero a Tony le preocupaba que los empleados de la cafetería tuvieran que trabajar alargando su turno normal. Este rasgo era propio de él, que siempre estaba preocupado por los demás y no quería causar molestias a nadie.

Noté que Tony no comía mucho, pero no se me ocurrió preguntarle por qué. Parecía que tenía alta la moral y durante la cena seguimos conversando. Cuando terminamos, sugirió que nos retiráramos a una sala dentro del edificio para que los empleados pudieran recoger e irse a casa. Fuimos a una sala y empezamos a hablar sobre diferentes temas. Me preguntó acerca de mis planes para la siguiente visita a Lonaula a finales de aquel año y yo le aseguré que mantenía el compromiso que había contraído con él, que habíamos reservado los billetes y que solo necesitábamos la confirmación del plan. A continuación hablamos sobre *sus* planes y él me informó de que esta conferencia era la mayor que había pronunciado hasta ese momento y que tenía intención de empezar a dar conferencias destinadas a un público más amplio después de regresar a la India. También deseaba incluir a laicos en las conferencias, como estaba haciendo en Estados Unidos.

Durante nuestra conversación Tony empezó a eructar y a quejarse de agudos dolores de estómago. Por supuesto, yo lo atribuí inmediatamente a la sospechosa comida del avión. ¿A qué otra causa podía deberse? Le pregunté si había Pepto-Bismol en la casa. Me respondió que iba a comprobarlo, se retiró durante unos minutos y volvió para decirme que no tenían lo que yo le había recomendado. Sin embargo, alguien le había dado un Alka-Seltzer y se sentía un poco mejor.

Yo le expresé mis dudas a este respecto y le dije que lo que había tomado solamente iba a causar más gases en su aparato digestivo e iba a hacer que se sintiera peor. Me ofrecí para ir al centro de la ciudad y buscar una tienda con el fin de comprar una botella de Pepto-Bismol, y le pareció bien. Recuerdo que al salir del campus universitario pensé que Tony debía de encontrarse realmente mal porque, en circunstancias normales, yo nunca le había visto quejarse. Generalmente no quería en modo alguno causar molestias a otros.

Necesité más de media hora para ir a la tienda y volver. Me encontré a Tony sentado exactamente donde lo había dejado. Le dije que tomara una dosis del líquido inmediatamente y que siguiera las instrucciones. Le aseguré que a mí me había sentado muy bien y que tenía la certeza de que él sentiría alivio casi al instante. Me sorprendió ver con qué facilidad obedeció Tony a mis instrucciones –¡el hermano mayor siguiendo las instrucciones del hermano menor!–. El dolor que sentía debía de ser muy intenso y estaba preparado para probar algo que aliviara su malestar. Hablamos aún durante un rato. Yo esperaba pasar al menos aproximadamente otra hora con él, pero me dijo que se sentía cansado y que pensaba que le convenía retirarse. Así, nos dirigimos juntos hacia la salida, nos dimos un gran abrazo y me dijo: «Bill, lo siento, no me encuentro en mi mejor momento; pero nos veremos en diciembre y tendremos mucho tiempo para hablar. Estoy esperando con impaciencia encontrarme de nuevo con Rose y los niños».

Le dije que no se preocupara y que todo iría bien. Dado que unos días antes yo había sufrido las mismas molestias, sabía lo que él estaba pasando. Le recordé que tomara otra dosis de la «poción milagrosa», me despedí y salí del campus hacia mi hotel en Manhattan. Estaba seguro de que al día siguiente se encontraría bien.

En la mañana del 1 de junio me encontraba en el despacho de uno de mis compañeros cuando sonó su teléfono<sup>2</sup>. Él lo descolgó y me dijo que la llamada era para mí. Al responder, me dijeron: «Bill, soy Frank Stroud». Mis primeras palabras para él fueron: «Hola, Frank, ¿cómo se siente hoy Tony?». En realidad, esperaba que me dijera: «Gracias a ti, Bill, se siente mucho mejor. El Pepto-Bismol ha sido realmente útil». Por el contrario, me dijo: «Bill, tengo malas noticias».

Mi siguiente pensamiento fue: «Dios mío, era peor de lo que yo pensaba y es probable que Tony haya sido hospitalizado».

Entonces Frank me dijo: «Bill, ¡Tony ha muerto! Fui a despertarlo esta mañana y lo encontré inmóvil en el suelo de su habitación, en posición fetal». Después se derrumbó y rompió a llorar. Mi reacción

---

2. Tony murió en Estados Unidos el 1 de junio. Debido a la diferencia horaria, en la India se considera que murió el 2 de junio.

a la noticia fue de total incredulidad. Recuerdo que un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Entonces otro pensamiento, probablemente bastante tonto en una mirada retrospectiva, cruzó mi mente. Pregunté a Frank si me estaba gastando una broma. Entonces él se repuso y me dijo: «No, Bill, no estoy bromeando; es cierto y estoy desolado. Ten ánimo, nosotros nos ocuparemos de todo. Han llevado su cuerpo al depósito de cadáveres del hospital. Te informaré más tarde sobre los preparativos del funeral. Por cierto, un sargento [cuyo nombre no recuerdo] del Departamento de Policía del Bronx desearía entrevistarte y hacerte unas preguntas, dado que eres probablemente la última persona que vio a Tony con vida».

Comprendí el estado de *shock* en que me encontraba cuando se me acercó mi compañero, me puso la mano en el hombro y me retiró el teléfono. En ese momento, Frank había colgado ya. Mi compañero me preguntó qué noticia había recibido. Después de recobrar la calma, le dije que mi hermano había fallecido durante la noche. No era ningún secreto en la oficina que Bill deMello había estado con su hermano la noche anterior. Yo había contado a todos los interesados en escucharlo que el hecho de que los dos hermanos nos encontráramos allí era una coincidencia estupenda. Todos ellos se alegraron por mí e incluso algunos de ellos estaban informados acerca de Tony y su conferencia. Uno de ellos me anunció que me entregaría un artículo de un periódico donde se hablaba de la conferencia. Lamentablemente, nunca vi ese artículo.

Mis recuerdos de lo que sucedió después son muy vagos. Me acuerdo de que el teléfono del hotel me despertó a la mañana siguiente. Era Frank, que me preguntaba si podríamos encontrarnos por la noche para cenar y hablar sobre los preparativos del funeral. Tenía todo el día para mí y ello me horrorizaba. Con el fin de pasar el rato, salí a dar un largo y serpenteante paseo por Central Park, que no estaba lejos de mi hotel. Varias veces me senté en un banco y reflexioné sobre los acontecimientos de las veinticuatro horas anteriores, pensando una y otra vez que lo sucedido no podía ser sino una especie de broma que, sencillamente, no era real. Por desgracia, era cierto y mientras que unas horas antes estaba lleno de alegría, en ese momento me sentía completamente desolado. Me sentía totalmente solo y, sobre todo,

quería regresar a casa con mi mujer y mis hijos, para compartir mi duelo con ellos, para sentir cómo me rodeaban sus brazos consoladores, diciéndome que todo iría bien.

Cené con Frank, según lo acordado, y él me informó acerca de cómo estaban las cosas y de que ya nadie del departamento de policía quería hablar conmigo. Él no especificó por qué y yo tampoco le pregunté cuál era la causa. Yo seguía conmocionado y no quería hablar con nadie sobre algo que pudiera estar relacionado con la repentina muerte de Tony. Me negaba a aceptar los hechos y no había asumido la idea de que mi hermano había fallecido.

Frank me dijo que quería que Tony fuera enterrado en Fordham, porque pensaba que, fuera de la India, Tony sentía que Fordham era su hogar. Yo no estaba preparado emocionalmente para hablar sobre los preparativos del funeral de Tony y tampoco quería participar en la toma de decisiones. Además, cuando Tony se fue de casa, a la edad de 16 años, para entrar en la Compañía, los jesuitas pasaron a ser su «familia primaria» y a mí me parecía normal que ellos tomaran las decisiones.

El propio Tony era como el Maestro de uno de sus libros, el cual afirmaba que carecía de todo sentido definirse como indio, chino, hindú, cristiano o musulmán, porque esas son meras etiquetas. Si le hubieran preguntado cuál era su identidad, podría haber respondido como aquel Maestro: «Nada»<sup>3</sup>.

Algo que lo demuestra es un incidente que el propio Tony me contó. Tuvo lugar a principios de la década de 1980, cuando él viajaba con frecuencia a Estados Unidos para pronunciar conferencias. Por el hecho de ser ciudadano indio tenía que solicitar un visado cada vez que hacía un viaje a Estados Unidos, y algún año iba allí más de una vez. Debido a su apretada agenda, a Tony le llevaba cada vez más tiempo presentarse en persona en el consulado de Estados Unidos en Mumbai.

Fue entonces cuando Frank Stroud consiguió algo que demostraba el alcance de su gran influencia. Sugirió que Tony solicitara una «carta verde» (Tarjeta de residencia permanente). Para algunos indios, una

---

3. *Un minuto para el absurdo*, en *Obra completa*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 1337.

carta verde es el equivalente al Santo Grial. Tony, con su habitual actitud de despreocupación, dijo a Frank que siguiera adelante y obtuviera la tarjeta. Pensaba únicamente en que era conveniente tenerla. Pero Frank dio un paso más. En el siguiente viaje a Norteamérica, Tony recibió una llamada del Servicio de Ciudadanía e Inmigración de los Estados Unidos (U.S. Citizenship and Immigration Services, USCIS) en el que se requería su presencia en una ciudad concreta para asistir a la ceremonia en la que se le iba a conceder la ciudadanía.

¡Frank se las había arreglado para conseguir la *ciudadanía* estadounidense para Tony! Huelga decir que Tony la rechazó amablemente. Pero no porque tuviera algo contra Estados Unidos, sino únicamente porque no quería el «apego adicional» asociado al hecho de ser ciudadano de este o de aquel país. En los casetes *Despertar* declara: «Las fronteras y los países fueron trazados por políticos estúpidos y avariciosos. Yo saludo a la raza humana, no a las banderas nacionales». Cuando escucho la canción «Imagine» de John Lennon, pienso que él y mi hermano habrían tenido mucho en común. Tony decía sencillamente que él no necesitaba más etiquetas, que era «indio» solo por haber nacido casualmente en la India; su etiqueta era «nada». Para Tony, no habría tenido ninguna importancia el lugar de reposo de sus restos mortales.

Finalmente, el provincial de la Provincia de Bombay (la actual Mumbai) en aquel momento, el P. Lisbert D'Souza, SJ, y el provincial de Nueva York se pusieron de acuerdo para que el cuerpo de Tony fuera trasladado a la India y enterrado en su ciudad natal.

Frank me dijo que, como Tony iba a ser sepultado en la India, él había preparado una liturgia conmemorativa en la capilla de la Universidad de Fordham y yo me negué a asistir si el cuerpo de mi hermano estaba expuesto. Sencillamente no podía soportar la idea de ver su cadáver después de haberlo visto y abrazado cuando estaba vivo unas horas antes. Me aseguró que no iba a ser así y que no tenía motivos para preocuparme. Por tanto, a la mañana siguiente fui a la capilla a la hora acordada. Eran muchos los pensamientos y las emociones que me embargaban cuando entré en la capilla. Pensamientos de ira... ¿Por qué murió de aquella manera sin decírmelo? Pensamientos de duelo profundo... No volveré a verlo nunca más. De culpabilidad... Tendría

que haber estado más atento y haber alertado a alguien para que buscara un médico. Y, sobre todo, sentimientos de conmoción, mientras un pensamiento se repetía e imponía en mi cabeza: ¿cómo es posible que muriera de un ataque al corazón cuando había sido reconocido, solo unos meses antes, por un eminente cardiólogo estadounidense?

Abrumado por estos horribles pensamientos, podéis imaginaros la total conmoción que sentí cuando, al entrar en la capilla, caminé directamente hacia un ataúd en el que estaba tendido Tony, con los ojos cerrados, como si estuviera profundamente dormido. Las rodillas me temblaban y yo me esforzaba por no derrumbarme y porque no quería sentirme avergonzado si rompía a llorar. Me dirigí hacia un banco y me senté, con la cabeza inclinada, esforzándome por controlar mis emociones. Frank pronunció un breve discurso y alguien trató de dirigirnos lo que pensé que iba a ser un elogio. No levanté la mirada para ver quién era, pero empezó diciendo: «Tony no se quejó nunca. En todos los años en que lo he conocido, jamás se quejó». Nunca podré saber qué más quiso decir, porque poco después rompió a llorar. ¡Qué ciertas eran esas palabras! Recuerdo que pensé: si se *hubiera quejado* con más frecuencia, podría seguir aún vivo...

Hubo un silencio absoluto durante unos minutos y después escuché una de las voces de barítono más vigorosas y sonoras que he oído cantando «Amazing Grace» [«Sublime gracia»], uno de los himnos preferidos por Tony. Esa voz –y *ese* himno en particular– era todo lo que yo necesitaba para echarme a llorar de una manera incontenible. Sollocé y sollocé y, al final, tuve que salir de la capilla antes de que acabara el acto.

Desde aquel día, no soy capaz de oír este hermoso y elocuente himno, ni cantado ni en interpretación instrumental. Unos meses antes de terminar de escribir este libro, reuní el valor necesario para escuchar de nuevo la conferencia *Despertar* de Tony y sus casetes íntimos, y fue entonces cuando me deleité escuchando a Tony cantándolo, mientras él mismo tocaba la guitarra que había comprado en el viaje que hizo a Australia en 1981.

Frank me ofreció generosamente alojamiento y *counselling*, por si los necesitaba. Pero decliné su ofrecimiento. Lo único en lo que podía pensar en aquel momento era en salir del lugar donde sentía angustia



Anthony deMello. El caminante feliz

y estrés. Solo deseaba regresar a Australia con mi familia, para buscar su consuelo y comprensión. Quería estar lo más lejos posible del lugar donde Tony había fallecido. En consecuencia, ni siquiera me planteé la posibilidad de asistir a sus funerales, en la iglesia de San Pedro, Bandra, el 13 de junio de 1987.

## CRONOLOGÍA DE TONY

- 1931, 4 de septiembre: Nacimiento de Tony.
- 1947, 1 de julio: Entra en la Compañía. Noviciado en Vinayálaya, Andheri.
- 1949: Hace los primeros votos («votos del bienio»).
- 1949-1952: Juniorado.
- 1952-1955: Filosofía en San Cugat, Barcelona.
- 1955-1956: Magisterio en el Instituto St. Mary's, Mazagaon.
- 1956-1958: Magisterio; enseña inglés a los juniorees en Vinayálaya, Andheri.
- 1958-1961: Teología en el Papal Athenaeum (JDV); reside en el De Nobili College, Pune.
- 1961, 24 de marzo: Es ordenado sacerdote.
- 1961-1962: Cuarto año de teología en el Papal Athenaeum (JDV); reside en el De Nobili College, Pune.
- 1962-1963: Tercera probación en Hazaribagh.
- 1963-1964: Completa la licenciatura en *Counselling* Pastoral en la Universidad Loyola, Chicago.
- 1964-1965: Primer año de doctorado en teología espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.
- 1965, 2 de febrero: Hace los últimos votos en Roma.

- 1965-1966: Apostolado y estudios de maratí en el Ashram Católico, Nashik.
- 1966, 10 de abril: Superior de la misión de Manmad/Shirpur.
- 1967-1968: Además, consultor de Provincia y superior de la misión.
- 1968-1972: Rector de Vinayálaya.
- 1972-1979: Director, Instituto de Sádhana, De Nobili College, Pune.
- 1979-1987: Director del Instituto de Sádhana en Lonaula.
- 1987, 1 de junio: Muere repentinamente en Nueva York, Estados Unidos.